

Omraam Mikhaël Aïvanhov

El árbol de la ciencia del bien y del mal



Colección Izvor

Nr. 210

EDICIONES



PROSVETA

II

EL BIEN Y EL MAL,
DOS FUERZAS QUE HACEN GIRAR
LA RUEDA DE LA VIDA

Entre las preguntas que plantean los hombres, hay una que les preocupa especialmente y para la que difícilmente encuentran una respuesta satisfactoria: la razón de la existencia del mal. ¿Por qué existe el mal?... La respuesta es en realidad muy simple.

Os daré una imagen. En el pasado, cuando se quería sacar agua de un pozo, a menudo se utilizaba una gran rueda a la que estaban atados unos bueyes, unos caballos o incluso hombres. Un observador cualquiera veía a los unos llegar de frente, a los otros alejarse de espaldas, y podía concluir que se desplazaban en dos direcciones opuestas. Pero si hubiese sido capaz de mirar esta escena desde arriba, habría visto claramente cómo unos y otros iban en la misma dirección y participaban en un mismo y único trabajo.

Este ejemplo nos hace comprender que el bien y el mal, que se presentan como manifestaciones contrarias, son en realidad dos fuerzas unidas para

realizar el mismo trabajo, pero al no observarlas desde arriba, es decir, desde el punto de vista espiritual, iniciático, se dice que son dos fuerzas que se enfrentan. Todos aquellos que miran los hechos, los acontecimientos de abajo, es decir, al nivel en el que se producen, se equivocan. Si intentasen elevarse para observarlos desde el punto de vista de la sabiduría, desde el punto de vista del espíritu, tendrían una visión correcta. Verían un círculo, una rueda... y comprenderían que el bien y el mal son dos fuerzas unidas para hacer girar la rueda de la vida.

Si se quiere aniquilar el mal, el bien también será aniquilado. Naturalmente esto no quiere decir que debemos alimentar y reforzar el mal, no; ya es bastante fuerte sin que le ayudemos. Pero no hay tampoco que deshacerse de él, y si lo intentamos, no conseguiremos nada. Lo que hace falta es utilizarlo, y encontrar qué actitud adoptar con respecto a él. Sí, está llegando el momento de dar una nueva filosofía a la humanidad.

Si estuviésemos en el sol, posiblemente no conoceríamos la oscuridad, pero habéis salido del sol, habéis venido sobre la tierra y como la tierra gira alrededor del sol, tan pronto hay luz como tinieblas. Puesto que estáis fuera del sol, hay que aceptar esta alternancia: el día y la noche, la luz y las tinieblas, el bien y el mal, y no solamente aceptarlo, sino saberlo utilizar. Si la oscuridad fuese el mal, ¿cómo

se explica que sea precisamente en la oscuridad – la de la tierra o la del subconsciente – donde empiecen a nacer las realizaciones de mayor importancia? En realidad, la oscuridad es la condición requerida en los nacimientos o en los renacimientos futuros. ¿Por qué el niño, por qué la semilla empiezan su crecimiento en la oscuridad?...¹ Y vosotros, ¿cómo utilizáis la noche? Maravillosamente, ¿no es así?: dormís, y a la mañana siguiente cuando os despertáis, habéis recuperado todas vuestras fuerzas para volver al trabajo.

Diréis: «Sí, pero, ¿cuál es el origen del mal?» Existe un Principio eterno que es el Manantial de todas las creaciones. Y cuando este Principio eterno encargó a los Elohim de formar... no vayamos muy lejos, no digamos el Cosmos, sino solamente nuestra tierra, puesto que trabajaban con los dos principios masculino y femenino, positivo y negativo (pues estos dos polos son necesarios para la manifestación), era inevitable que apareciesen por aquí y por allá algunos desechos, elementos que no estaban todavía ni utilizados ni organizados y que perturbaban la armonía del conjunto. Estos materiales, estas energías que no representaban un mal para el Creador o los Arcángeles, son nocivos para los humanos que no saben cómo utilizarlos.

Os mostraré una imagen. Supongamos que tenéis una casa; pues bien, en esta casa está previsto un lugar para una papelera o para un cubo de la basura.

Ahora bien, hagáis lo que hagáis, aunque seáis el ser más iluminado y más razonable del mundo, tendréis siempre algunos desechos que tirar a la papelera: papeles, botellas vacías, cajas, peladuras, restos de comida; y en vuestro organismo también hay desechos de los que os debéis desprender. Incluso la cosa más perfecta que imaginéis sobre la tierra tiene al menos un pequeño aspecto negativo... el reverso de la medalla, como se dice. Todo el mundo se ha dado cuenta de ello. Entonces, ¿cómo es posible que los humanos no hayan comprendido el lenguaje de todos estos detalles de la vida cotidiana que se presentan sin cesar ante sus ojos? Cuando se creó la tierra, hubo que almacenar en alguna parte los materiales no empleados, los vidrios y los ladrillos rotos, las planchas y los clavos inutilizables, simbólicamente hablando. Por eso la tierra también tiene sus papeleras: es un cono de oscuridad que se encuentra tras ella, su sombra. ¿Saben esto los astrónomos?

El origen del mal está ahí, en los residuos de los materiales empleados para la construcción de la tierra; y como los desechos atraen toda clase de animales: hormigas, moscas, gusanos, etc..., necesariamente encontraremos estas criaturas cuando visitemos esta región creyendo encontrar en ella alegría y placer. Esta región que llamamos infierno, el mundo de las tinieblas, está predestinado a recoger las basuras; ahí es donde se recogen y almacenan todas las impurezas.

Ahora bien, ¿por qué hay criaturas que van a buscar ahí su felicidad? Porque, de la misma manera que existen personas tan desvalidas que deben ir a buscar en las papeleras algunos restos de comida o algunos viejos zapatos, así también en el mundo psíquico existen pobres diablos que no pueden comer en los restaurantes de arriba junto a los Ángeles y a los Arcángeles del Señor. No tienen el dinero necesario (este dinero, naturalmente, son cualidades y virtudes) para comprarse este alimento puro y luminoso que viene del sol, y se ven obligados a comer en los restaurantes infernales, que están repletos de inmundicias y de criaturas caídas.²

Sin embargo, en esta región del mal, en esta región de las fuerzas desorganizadas se pueden encontrar muchas cosas, y si supieseis cómo arregláros las para obrar como la tierra, que transforma todos los desechos, sacaríais de esta región fuerzas y elementos capaces de alimentar incluso a los ángeles... Pues claro que sí: ¡Actualmente se han desarrollado procedimientos químicos para purificar las aguas polucionadas! La naturaleza tiene todos los medios para transformar los desechos, y el hombre también posee en sí mismo estos medios, pero debe de encontrarlos y aprender a utilizarlos. Para ello debe comprender primero lo que es el bien, pues solamente cuando se ha comprendido lo que es el bien se es capaz de hacer frente al mal.

El bien es un principio eterno, creador, todo-

poderoso, es el mismo Dios... aunque en realidad Dios esté por encima del bien. En la Cábala, el bien y el mal son presentados como dos manifestaciones de una potencia que les es superior.³ Pero para facilitar la comprensión, puede presentarse a Dios como el Principio del Bien, aunque Dios esté en realidad por encima del bien. El bien es una manifestación de Dios, y el mal es un desecho del bien, algo que no ha podido encontrar su sitio en la armonía cósmica. En consecuencia, el mal no puede jamás ser comparado al bien, no posee como él la eternidad, la potencia, la riqueza. Por eso, aquellos que piensan que el bien y el mal son dos entidades de igual potencia que están combatiéndose, sin que una pueda conseguir la victoria definitiva sobre la otra, se equivocan.

El mal, os lo he dicho, es un residuo del bien; se le puede comparar a la materia que queda una vez se ha extraído de ella la quintaesencia de los pétalos de rosas o de otras flores, una materia que no habiendo podido ser refinada, no está en estado de reflejar la Divinidad. El mal es lo que permanece cuando todo el bien ha sido «extraído». Así pues, ahí donde se encuentra el bien, fatalmente también está el mal, pues el mal es lo que queda del bien, no puede existir por sí solo, no tiene existencia independiente; depende del bien, ha nacido del bien, es el bien quien lo ha creado. En tanto que los humanos den al mal una existencia propia, independiente de

la del bien, jamás conseguirán transformarlo, y el mal continuará acechando, pues son ellos quienes, por su ignorancia, le dan esta fuerza y esta independencia.

La luz engendra la oscuridad. Donde hay luz, necesariamente hay sombra. La presencia de un objeto ya proyecta una sombra. ¿Acaso hay sombras cuando no hay luz? No. Diréis: «Pero puede suceder que la oscuridad reine precisamente porque no hay ninguna luz.» No, e incluso si en un lugar la oscuridad es total, es porque un objeto impide el paso de la luz. Por eso hay siempre una mitad de la tierra sumida en la oscuridad. Sin la luz las tinieblas no podrían existir, y no habría mal si no hubiese bien.

Las manifestaciones del mal son, pues, necesarias, pero no son ni eternas ni absolutas, dependen de las fuerzas del bien. Ahora bien, para poder resolver el problema hay que ir más allá del bien, y para ir más allá del bien, hay que tener primero una idea exacta de lo que es. El bien es una manifestación armoniosa en la cual interviene el amor, la fuerza, la inteligencia, la belleza, la dulzura, etc... Pero como ya os he dicho, el bien no es todavía Dios en Sí mismo; es una manifestación de Dios, pero no es Dios. Dios está por encima del bien y del mal, no podemos saber lo que Él es.

Pero puesto que el bien es una manifestación de Dios, al pensar en el bien se liga uno al Creador del

Universo, al Principio Eterno: nuestra conciencia se desplaza, sale de la región de las tinieblas donde se encuentran los sufrimientos, las angustias, los terrores, para ir a unirse de nuevo con el Centro, el Principio Creador de todas las cosas. Y puesto que Él es, precisamente, el Creador, conoce el papel que desempeñan todos los elementos, todas las fuerzas, todas las criaturas, y sabrá cómo remediarlo. Nosotros no podemos saber, pero Él sí puede, y es a Él, puesto que es todavía superior al bien y al mal, a quien debemos de recurrir para pedir ayuda. Entonces seremos capaces de desencadenar potencias extraordinariamente sutiles que trabajarán en todo el universo.

He aquí el trabajo más digno y más glorioso para el discípulo. ¡Y que no se impacienta si este trabajo no produce inmediatamente resultados tangibles! La mayoría de la gente no trabaja más que para conseguir realizaciones materiales en el plano físico, y por eso sufren tantas decepciones: porque estas realizaciones no duran. Pero cuando os decidís a trabajar con el Ser más inaccesible, el mismo Dios, entonces obtenéis las verdaderas realizaciones, realizaciones internas, en la conciencia, y estas realizaciones son inmediatas. Lo que está más lejos es, en realidad, lo más cercano, y lo que se imagina uno próximo es, en realidad, lo que está más alejado: al desear vivirlo no se vivirá, al desear obtenerlo no se obtendrá. Solamente cuando trabajéis sobre

las realidades más alejadas las viviréis inmediatamente.

Sí, si queréis obtener realizaciones inmediatas fijaros la meta más lejana. Desde hoy deciros: «He comprendido ahora dónde está la verdad, dónde está la potencia, dónde está la verdadera vida: está en ese centro único, por encima del bien y del mal.» Y pensáis en él, os fusionáis ininterrumpidamente con él, no creéis más que en él, no buscáis más que a él, no trabajáis más que con él... Entonces este centro irá a tocar al bien, el cual empezará a manifestarse en vosotros como una mejora en vuestra vida interna, para llegar un día a expresarse externamente.

Naturalmente, es verdad, es más fácil hacer el mal que el bien. Pero, ¿por qué?... No es porque el bien sea débil y el mal potente, sino porque aquí, sobre la tierra, las condiciones que la humanidad ha creado poco a poco, son mucho más propicias y favorables al mal. ¿Queréis hacer el mal? Todos están ahí de acuerdo para echaros una mano. Pero, desde el momento en que se trata de hacer el bien, es diferente, es como si el bien estuviera paralizado, como si fuese impotente. Sí, porque en las regiones inferiores siempre es así, y los hombres viven demasiado en las regiones inferiores. Pero cuando se llega a salir de esas regiones, sucede todo lo contrario: el mal se asfixia, queda trabado, paralizado. Cuando se vive en las regiones superiores es impo-

sible hacer el mal, y si se desea hacer el bien, todo funciona por sí solo.

Puedo daros un ejemplo: suponed que sea invierno, y que todo está húmedo, recubierto de nieve; si queréis incendiar el bosque, resulta imposible, el fuego no prende. Pero en verano, cuando hace calor, un pequeño trozo de vidrio que concentra los rayos del sol basta para encenderlo todo; es como si todo el bosque estuviese de acuerdo en realizarlo, porque las condiciones son favorables. Intentad también disparar con un cañón cuando la pólvora está húmeda; no funciona... y así sucesivamente. Comprendéis ahora que si, sobre la tierra, el mal es mucho más potente que el bien, es porque los humanos le proporcionan las mejores condiciones. Pero un día todo cambiará, ocurrirá lo contrario; el mal no podrá manifestarse porque no encontrará las condiciones favorables.

Para dirigir, dominar o transformar el mal, no basta con ser un servidor del bien, porque el bien, como os he dicho, está limitado.

Puesto que el bien no ha conseguido vencer al mal, no es, todavía, el mismo Dios, sino sólo la mitad, y el mal es la otra mitad. El bien y el mal son hermano y hermana, si queréis, pero no son el padre. Ahora bien, es hacia el padre hacia donde hay que ir, porque es él quien manda al hijo y a la hija, o a los dos hermanos. Ir hacia el Padre, es convertirse en servidor de Dios, y no solamente en servidor del

bien. Hay pues que subir todavía más arriba con el fin de servir a Dios, el cual dirige el bien y el mal. Ahí es donde está el verdadero cobijo. Evidentemente, arriba no existe el mal, y en la medida en que el bien significa perfección, se puede decir que ser servidor del bien es ser servidor de Dios. Pero el bien tal como se le comprende intelectualmente, es decir opuesto al mal, no es todavía Dios; no es más que la mitad.

Puedo daros todavía otros ejemplos que os harán comprender la verdad de lo que os digo. Consideremos la circulación de la sangre. Si sólo existiese la circulación arterial, la vida no sería posible, pues es necesario que todos los desechos desaparezcan, y es entonces cuando la circulación venosa, la otra mitad, interviene: lleva la sangre a los pulmones donde se purifica, y cuando es pura, entra en el corazón desde donde vuelve a salir hacia las arterias. Es pues del corazón de donde sale la sangre pura, el bien; sí, pero este bien, al cabo de cierto tiempo, se carga de nuevas impurezas, y así sucesivamente... Se encuentra el mismo fenómeno en la circulación de los coches por las carreteras: por la izquierda y por la derecha... Si no hubiera más que una sola dirección, un sentido único, ¿qué harían los coches que deben volver?

Luego el mal no se encuentra en el hecho de que existan fuerzas opuestas, pues ambas hacen un trabajo. Pero si en lugar de hacer el trabajo deter-

minado por la Inteligencia cósmica, estas fuerzas chocan entre sí, se combaten y se aniquilan mutuamente, entonces sí se produce el mal. Es como el fuego y el agua.⁴ ¡Cuántas cosas extraordinarias uno puede producir colocando el agua sobre el fuego!... Pero con una pared que los separe, de lo contrario el fuego hará evaporar el agua, y el agua apagará el fuego, que es lo que ocurre en todos los ámbitos de la vida cuando se es ignorante. Las fuerzas, los venenos, no son nocivos más que para el hombre que no está ni suficientemente instruido ni es suficientemente fuerte como para soportarlos. Pero para la naturaleza el mal no existe.

Se puede incluso decir que de alguna manera el mal se encuentra en el bien. Tomemos el ejemplo de la nutrición. Cuando comemos, retiramos los elementos que son útiles, indispensables para nuestra salud, y eliminamos aquellos que el organismo no puede asimilar, y que le envenenaría si no pudiera echarlos. El mal se encuentra, pues, en el bien, están ligados, y es al organismo a quien corresponde hacer una selección y eliminar este mal. Tomemos otros ejemplos. Encontráis a la chica más encantadora, y la esposáis: he ahí un gran bien. Sí, pero no sois el único en maravillaros ante esta criatura, hay otros que se interesan también por ella y ahí empiezan los problemas: las sospechas, los celos, las disputas... ¡Y a veces, eso sólo es el principio! Imaginad ahora que heredáis una inmensa fortuna,

que sois muy ricos. Sí. Pero ahí también empiezan las preocupaciones ; continuamente estaréis solicitados, correréis el riesgo de que os desvalijen en todo momento, y ya nunca más estaréis tranquilos... y así ocurre también en todos los demás ámbitos de la vida. Sólo la sabiduría es capaz de utilizar el bien y el mal, y sobre todo de obrar de forma que el bien no se transforme en mal.

Como os he dicho al empezar, el bien y el mal están atados a la misma rueda ; si el bien existiera solo, no llegaría a hacerla girar. Soy posiblemente el único que ose decir que el bien no es capaz de hacer todo el trabajo si el mal no le echa una mano. Diréis que el mal es, sin embargo, una fuerza contraria... ¡ precisamente, es necesario que sea contraria ! Cuando queréis tapar o destapar una botella, os servís de vuestras dos manos y hacéis que trabajen en sentido inverso : la una empuja en una dirección y la otra en la dirección opuesta, y gracias a esta oposición conseguís meter o sacar el tapón. ¿ Comprendéis ahora cómo las fuerzas contrarias trabajan hacia una meta determinada ?... Es un proceso que está cada día delante de vuestros ojos, pero no lo veis.

Para terminar, os diré que debéis de pensar cada día en uniros al Señor, al Centro, a ese punto que lo contiene todo. Y Él, por su lado, que es infatigable, que no reposa nunca, que es eterno, indestructible,

que está por encima del bien, reunirá las fuerzas del bien, y las fuerzas del bien limpiarán y organizarán todo maravillosamente.

Notas

1. *Los esplendores de Tipheret – El sol en la práctica espiritual*, Obras completas, t. 10. cap. XVII: «El día y la noche. La consciencia y la subconsciencia».
2. «*Y me mostró un río de agua de la vida*», Parte IX-I: El río de la vida divina, cap. I: «Desde el nacimiento hasta la desembocadura», y cap. II: «El gran ciclo de la vida cósmica».
3. *La balanza cósmica – El número 2*, Col. Izvor n° 237, cap. VII: «Alternancias y oposiciones: la ley de los contrarios».
4. *Las revelaciones del fuego y del agua*, Col. Izvor n° 232, cap. I: «El agua y el fuego, principios de la creación».